

# Prólogo



## PRUEBA A

Lago White, Minnesota  
*Verano antepasado*

Autumn Semmel siente cómo la yema del dedo de Benjy Schneke le recorre la parte superior del muslo, subiéndole por el borde del bikini hacia el chichi. Eso hace que la piel se le tense hasta los pezones y que el coño se le afloje como un puño.

—¡Déjate de guarradas! —exclama, abriendo los ojos.

—¿Por qué? —pregunta Benjy.

Ella señala con la cabeza por encima del hombro.

—Porque Megan y Ryan están *ahí mismo*.

Autumn y Benjy están tumbados en la lengua de tierra, casi toda raíces, que separa el lago White del lago Garner. Megan Gotchnik y Ryan Crisel se encuentran en el lago Garner, detrás de ellos.

—¿Y qué? —dice Benjy—. No estoy tocando nada que no se vea.

—Sé lo que haces. Me estás volviendo loca.

Autumn se pone en pie, tirándose del borde del bikini. Mira a su espalda.

Megan y Ryan están en su canoa, a veinte o treinta metros de la orilla. Las piernas de Megan cuelgan a los lados de la barca. Ryan se la está comiendo. Debido a la forma en que el sonido se transmite sobre el agua, Autumn oye los jadeos de Megan como si la tuviera delante. Autumn siente vértigo. Se vuelve hacia el lago White.

Es como pasar de una estación a otra. El lago Garner es un amplio óvalo que se extiende de este a oeste siguiendo el curso del sol. El lago White se encuentra al fondo de un cañón recortado que se abre hacia el norte desde el extremo oriental del lago Garner. El lago White está picado, sus aguas son negras y frías.

Mágicas. Autumn se zambulle de cabeza.

De pronto es consciente de todo. No ve nada, pero siente la caja torácica, el cuero cabelludo, el empeine de los pies. Le resbalan los brazos contra el flanco de los pechos, debido a la crema protectora o a las propiedades del agua. Es como un espíritu moviéndose entre ónice.

Al cabo de una docena de brazadas siente que Benjy se zambulle tras ella. Empieza a nadar más aprisa, no quiere que la alcance y la agarre de los pies. Eso lo odia: le da pavor. En cuanto sale a la superficie a tomar aire, vuelve la cabeza.

Siente en la cara la gélida brisa. La ondulación del agua ha borrado su estela. No ve a Benjy por ninguna parte.

Un estremecimiento de miedo le sube por la pierna derecha hasta el vientre ante la idea de que se le acerque bajo el agua, y patatea para alejarse.

Se le ocurre algo. Nada hacia la orilla occidental. Si no puede ver a Benjy, él tampoco puede verla a ella. De modo que si ella no está donde él cree, no podrá agarrarla.

Pero sigue teniendo la sensación de que está a punto de hacerlo. Instintivamente, sacude las piernas hacia arriba, una detrás de otra.

Pero a medida que pasan los segundos, está cada vez más claro que Benjy no tiene intención de asustarla. Y luego, que ni siquiera está en el lago con ella, pese a lo que le parecía cuando iba nadando. Puede que se haya internado en el bosque por la orilla del lago Garner, para ver cómo follan Megan y Ryan.

Es una sensación desagradable. De abandono, de ser gilipollas, pero también otra cosa: a Autumn le encanta ese lago, pero no le gusta estar sola en él. No es esa clase de sitio. Hay algo adulto en el lago White.

—¡Benjy! —grita—. ¡Benjy!

Con el pelo mojado siente frío en la cabeza y la nuca.

No aparece.

—¡Venga, Benjy!

Cuando Autumn empieza a nadar a braza para volver al extremo sur del lago, Benjy sale disparado del agua frente a ella, con medio cuerpo visible y vomitando un oscuro chorro de sangre que la golpea como si le arrojaran un cubo.

Luego lo sumergen de un tirón.

Desaparece. También se esfuma el calor de su sangre. Es como si Autumn se lo hubiese imaginado todo.

Pero sabe que no es un producto de su imaginación. Que lo que acaba de ver es algo terrible y permanente; y que tal vez está a punto de ocurrirle *a ella*.

Se da la vuelta y nada a toda prisa hacia la pedregosa playa al pie del farallón. Crol a más no poder, sin respirar. Nada o muere.

Algo la golpea en el estómago, y se le queda enganchado con un peso y un dolor tremendos. Cuando se suelta de pronto, se le va la cabeza y no siente las manos.

Intenta enarcar la espalda para coger aire, pero debe de haberse dado la vuelta o algo así, porque en cambio traga agua.

Entonces la criatura la embiste por detrás, cerrándole la caja torácica como si fuera un libro y exprimiéndole la vida como agua de una esponja.

O al menos así fue como me lo explicaron a mí.

Primera teoría:  
Fraude





Mar Caribe, 100 millas al este de Belice  
*Jueves, 19 de julio*

«ISHMAEL. LLÁMAME» es todo lo que dice el telegrama, pero cuando lo pasan por debajo de la puerta tengo las pinzas en la mano y estoy sacando una muela a un pobre desgraciado, así que no lo leo hasta después.

El individuo es un indio nambiquara en toda regla, originario de la Amazonia brasileña. Con peinado a lo Beatles y todo, aunque lleva el uniforme blanco del departamento de lavandería.

Claro que en *todos* los departamentos llevan uniforme blanco.

Le doy unos golpecitos en la siguiente muela.

—¿Seguro? —le pregunto.

—No.

—¿Verdad?

Como si en Brasil hablaran español.

—Está bien —afirma.

Puede que sí. Por mis conocimientos de odontología —que, de acuerdo, se reducen a hora y media de vídeos di-

dácticos en YouTube—, si se aplica lidocaína al nervio alveolar superior trasero se eliminará la sensibilidad del tercer molar en dos de cada tres pacientes. El tercio restante necesitará otra inyección, en el alveolar superior medio, o sentirá el dolor.

Supongo que un dentista de verdad le pondría dos directamente. Pero por pensar de ese modo he gastado toda la lidocaína que había en la clínica de la tripulación, además de casi toda la que he podido robar del consultorio de pasajeros. Así que ahora tengo que dar golpecitos y preguntar. Y buena parte de mis pacientes son muy machotes, o simplemente muy educados, para admitir que sienten algo.

Bueno, a la mierda. Guarda la lido para quien tenga demasiado miedo para mentir.

Saco la muela de un tirón, tan rápida y suavemente como puedo. De todos modos se deshace como negro estiércol entre las pinzas. Recojo los trozos en la mano enguantada poco antes de que aterricen en el uniforme del tío.

Se me ocurre que tendría que dar otra charla sobre higiene bucal en el almacén. La última no parece haber servido de mucho, pero al menos hubo menos peleas a navajazos mientras yo hablaba.

Me quito los guantes y los tiro al lavabo. Cuando me vuelvo, el rostro de mi paciente está bañado en lágrimas.



El puente contra incendios número 40, una plataforma metálica situada entre dos chimeneas, es, que yo sepa, la parte más alta del buque a la que se puede acceder. No sé qué coño tiene que ver con los incendios.

Se está poniendo el sol, y el viento parece salir de un secador de pelo. En el horizonte hay una muralla de nubes de unos quince kilómetros de alto que corre en sentido paralelo al buque. Rojos y grises iridiscentes se amontonan unos sobre otros, como intestinos.

Odio el puñetero mar. Lo aborrezco *fisiológicamente*, según parece. Estar en el mar me jode el sueño, me pone nervioso y me provoca recuerdos traumáticos. También por eso me parece que el puesto de segundo oficial médico en un crucero es exactamente lo que merezco.

No es que pudiera elegir. Hasta donde yo sé, no hay otro sector industrial que contrate tantos médicos sin importarle una mierda si el título que tienen —en mi caso de la Universidad de Zihuatanejo, con el nombre de «Lionel Azimuth»— es auténtico o sólo un pedazo de papel conseguido por vía comercial. Y además que, como éste, se encuentre tan poco infiltrado por la Mafia.<sup>1</sup>

Junto a una de las chimeneas se abre con un crujido una escotilla en la pared, y por allí sale un tío muy negro que lleva una versión en manga larga del uniforme (blanco) de segundo subgerente de contracubierta.

—Doctor Azimuth —me saluda.

—Señor Ngunde.<sup>2</sup>

1. Como el resto del mundo, la mafia sólo se interesó por los cruceros a raíz del estreno en 1977 de *Vacaciones en el mar*: mal momento, porque el FBI se encontraba entonces investigando a la Asociación Internacional de Estibadores y ya tenía escuchas telefónicas e informadores introducidos en el medio. Cuando la organización logró desvincularse lo suficiente para tomar posiciones, la industria crucerística ya estaba fuera de su alcance.

2. La tripulación de los cruceros se compone, por término medio, de personas de unas sesenta nacionalidades diferentes. Las compañías tienden a vender ese hecho como un afortunado subproducto de la globalización, como el de que todos veamos a la vez la Copa del Mundo,

El señor Ngunde se me queda mirando.

—Tiene la camisa abierta, doctor.

Es cierto. Debajo llevo una camiseta blanca, pero la camisa blanca de manga corta del uniforme está desabotonada. Tiene charreteras doradas, y llevándola así tengo la sensación de ser un piloto borracho de alguna compañía aérea.

—No creo que a nadie le importe —le digo, asomándome por el borde.

Desde aquí, el buque, dos veces más ancho y tres veces más largo que el *Titanic*, ofrece principalmente una blanca perspectiva de techos y equipos de telecomunicaciones, aunque se ven unas cuantas parejas de idiotas cuyo cometido es vigilar por si aparecen piratas. Las zonas de pasajeros en cuyo interior alcanzo a ver, como la Cúpula Nintendo y la última piscina, están desiertas, como era de esperar. Hace media hora que los cinco restaurantes principales del buque han empezado el servicio de cena.

El señor Ngunde no se acerca a mirar. Lo que me recuerda que le dan miedo las alturas, y hace que me sienta culpable por obligarlo a subir hasta aquí para buscarme. Y por tomarme a la ligera una infracción que, en caso de cometerla él, le valdría la expulsión y el abandono en el próximo puerto. Por lo visto, yo puedo salir del camarote de un pasajero, borracho y *muriéndome* de ganas de que me despidan, tener un encontronazo con un guardia de

---

pero esa práctica se remonta en realidad a un encierro que la tripulación, predominantemente hondureña y jamaicana, realizó en 1981 en dos buques de la Carnival Lines fondeados en Miami. Ahora, la política habitual consiste en impedir que una sola nacionalidad supere el cinco por ciento de una tripulación, y en tener el mayor número posible de *oficiales* de la *misma* nacionalidad: preferiblemente, una en la que se hable un idioma que no entienda la mayoría de los tripulantes, como el griego.

seguridad, y hacer que sea él quien se disculpe. El señor Ngunde, a menos que esté conduciendo la pulidora Zamboni o realizando alguna otra tarea que requiera estar en un lugar público, tiene prohibido ir a cualquier sitio donde los pasajeros puedan verlo. Lleve la camisa como la lleve.

A propósito de la pulidora, le pregunto:

—¿Qué tal el brazo?

—Muy bien, doctor.

Eso parece poco probable. El señor Ngunde tiene en el antebrazo izquierdo una amplia quemadura, oculta por la manga, que se hizo al rellenar el aceite de la dirección asistida de la Zamboni cuando el motor estaba caliente. No he logrado encontrar vacuna antitetánica en el barco. Pero como no tengo mucha experiencia con el tétanos, tampoco sé si debo preocuparme por eso.

—¿Y el índice de diarrea? —pregunta el señor Ngunde.

—Bajando, en realidad. Sólo que no coma estofado.

—Gracias, doctor. ¿Muchas visitas esta tarde?

—Bastantes.

—¿Algo interesante?

—No.

El señor Ngunde me está preguntando si alguno de mis pacientes ha expresado un grado de descontento lo bastante significativo para que él eleve un informe a uno de los jefes de departamento. No se lo tomo en cuenta. En algún momento de las próximas veinticuatro horas, algún superior suyo en el departamento de subgerencia me preguntará en tono indiferente si el señor Ngunde ha hablado últimamente conmigo, y en ese caso si me ha dicho algo interesante.

De todas formas, es un coñazo, porque me recuerda que, en realidad, soy un empleado de una compañía de

cruceros. Mi puesto de trabajo aquí está colmado de privilegios: tengo camarote propio, como gratis en la mayoría de los restaurantes, y –al igual que el médico principal– tengo plaza en la *Lifboat One*, la lancha salvavidas del capitán.<sup>1</sup> Pero la mayoría de mis pacientes desearían no haber salido de sus pueblos y barrios de mierda. Ganan unos seis mil dólares al año, de los que tienen que descontar los intereses del préstamo que pidieron para llegar hasta aquí, los sobornos para los suministros que utilizan en su trabajo, más los gastos de los giros telegráficos que envían a casa para que sus hijos, por lo que más quieras, Dios mío, no tengan que trabajar en un crucero. Si lo que hago sirve realmente para mejorar sus condiciones de vida o sólo contribuye a que los exploten aún más, es la pregunta de siempre.<sup>2</sup>

–Si me disculpa, doctor.

–No faltaba más, señor Ngunde. Lo siento.

Está sudando. Cuando cierra la escotilla tras él, me acuerdo del telegrama que recogí del suelo de la clínica. Lo saco y lo leo.

«ISHMAEL. LLÁMAME.»

Interesante.

«Ishmael» era mi nombre en el Programa Federal de

1. También conocida como *La joya del mar, ¿pasa algo?*

2. El principal problema es que, en general, las compañías de cruceros no están sujetas a legislaciones laborales, a leyes relativas a los derechos humanos, a normativas medioambientales, ni a regulaciones sobre asistencia sanitaria (ni a pago de impuestos, ya que estamos), porque la mayoría de sus buques –incluso los que operan exclusivamente en puertos estadounidenses– tienen matrícula de Panamá, Bolivia o Liberia. La última vez que se planteó poner remedio a eso fue durante la administración Clinton, en cuyo momento se consideró que en el comercio mundial la situación ya era demasiado complicada para andarse con gilipollices.

Protección de Testigos, pero la única persona que alguna vez me ha llamado así es el Profesor Marmoset. Que fue quien me hizo entrar en el PEFPT, y luego en la Facultad de Medicina. Y más adelante, cuando estuve en apuros, me sacó de la ciudad de Nueva York.

Marmoset no es muy hablador. A veces ni siquiera contesta. Si tienes noticias tuyas, es importante. Podría significar que tiene trabajo para ti en otra parte. En el que a lo mejor puedes ejercer la medicina.

Incluso en tierra firme, quizá.

Pero a falta de más información, no vale la pena darle vueltas. El empleo que tengo ahora ya es bastante chungo como para pensar que podría estar haciendo otra cosa.

Así que céntrate en el balanceo del buque. A ver si te mareas.

Pronto te enterarás.

Portland, Oregón  
*Lunes, 13 de agosto*

La mujer del flequillo a lo Bettie Page que lleva el cartel de «DR. LIONEL AZIMUTH» en el aeropuerto de Portland es exactamente la que *yo* contrataría si fuera el número catorce en la lista de los hombres más ricos de Estados Unidos. Tiene aspecto de chica de calendario. De una pin-up que sabe boxear.

–No me interesa –afirma cuando me acerco a ella.

–Soy Lionel Azimuth.

–A tomar por culo.

No me lo tomo como algo personal. Tengo aspecto de polla con un puño en la punta.

–Tengo una reunión con Bill Rec –anuncio.<sup>1</sup>

Se queda pensándolo.

–¿Trae equipaje?

1. En realidad no digo «Bill Rec», porque ése es sólo el sobrenombre que le he puesto, harto de oír que es un «tío que cuenta los billetes por centenares de millones y lleva una vida recluida».



–Sólo esta bolsa.  
Un momento después:  
–¿No utiliza las ruedas?  
–El mango no es lo bastante largo.  
Mira en torno, pero nadie más pretende ser Azimuth.  
–Lo siento –dice–. Soy Violet Hurst. La paleontóloga de Bill Rec.<sup>1</sup>



–¿Por qué habría Bill Rec de tener su propia paleontóloga? –pregunto cuando estamos al abrigo de la lluvia, en el garaje del aeropuerto. Son las ocho de la tarde.

–No puedo decírselo. Es confidencial.

–¿Están clonando dinosaurios, como en *Parque Jurásico*?

–Nadie clona dinosaurios como en *Parque Jurásico*. El ADN se degrada al cabo de cuarenta mil años, aunque sea un mosquito en un trozo de ámbar. La única forma que tenemos de obtener el ADN de un dinosaurio de sesenta millones de años es aplicar la ingeniería inversa a las especies vivas que descendan de ellos. Y antes de que dispongamos de esa clase de tecnología andaremos comiendo carne humana por ahí.

–¿Ah, sí? ¿Por qué?

–Porque tiene proteínas. En cualquier caso, no soy paleontóloga zoóloga. Ése es el mío.

Nos paramos frente a un coche. Es un viejo Saab con una franja de óxido por abajo como si fuera una línea de flotación. A lo mejor lo es.

–¿Qué clase de paleontóloga es usted? –le pregunto.

–Catastrófica. Dígalo, si quiere.

1. Evidentemente, Violet Hurst tampoco dice «Bill Rec».

—¿El qué?

—Si trabajo para el decimocuarto hombre más rico de América, ¿cómo es que tengo esta mierda de vehículo?

La verdad es que *acabo* de preguntármelo.

—Yo ni siquiera tengo coche —le digo.

—Bill Rec no paga mucho, por si no se lo han advertido —dice, abriendo la puerta del pasajero—. Le molesta que la gente se aproveche de él.

—Así que él prefiere aprovecharse antes de los demás, ¿no?

—Hace lo que cree necesario para no volverse loco. Y a propósito, tampoco mencione eso de que es el decimocuarto hombre más rico. Le sienta muy mal.

—¿Porque lo convierte en un objeto, o porque sólo es el decimocuarto?

—Por las dos cosas, probablemente. Échela ahí atrás. El maletero no se abre.



—Así que ¿cuánto tiempo tardaremos en ir comiendo carne humana por ahí? —le pregunto.

—Mejor que no lo sepa —responde ella, riendo.

Estamos en la autopista. La lluvia forma una trémula gelatina en el parabrisas.

—Me parece que quiero saberlo.

En cualquier caso, prefiero que la maciza de la científica siga hablando. No puedo quitarle los ojos de encima, grosería que el silencio no haría sino empeorar.

—¿En este país? —me dice—. Menos de cien años. Puede que menos de treinta. En otros, irán bastante más deprisa. Ya hay mil millones de personas que pasan hambre.

—¿El cambio climático?

—Sí.

—¿Un proceso irreversible?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ya hemos apretado el gatillo del metano.

—¿Y eso qué es?

Me lanza una mirada como si me hubiera sorprendido imaginándomela con una bata de laboratorio sin nada por debajo. Lo que no quiere decir que no me interese lo que dice.

—Que se está fundiendo el hielo ártico, con gran contenido en metano. Como gas de efecto invernadero, el metano es veinte veces más potente que el anhídrido carbónico. Y una vez que se libera en el mar, el agua cobra más acidez de lo normal. Ya casi hemos llegado al punto de que el Atlántico es demasiado ácido para que los crustáceos generen su propio caparazón. Pronto contendrá demasiada acidez para nada que no sean bacterias reductoras de sulfato. Eso desprende sulfuro de hidrógeno, que es tóxico para plantas y animales, además de ser también un gas de efecto invernadero. Hace cincuenta millones de años volvió verde el cielo. Esta vez lo hará más deprisa.

—¿Energías alternativas? —sugiero.

—Por supuesto que no. Los hidrocarburos son el resultado de unos organismos que a lo largo de cuatro mil millones de años han utilizado la radiación solar para transformar el anhídrido carbónico en hidratos de carbono. ¿Con qué se puede sustituirlos? ¿Con la eólica? ¿La geotérmica? Y aunque fuera posible, carecemos de la tecnología para almacenar esa clase de energía. Al menos, el petróleo se almacena y se transporta a sí mismo.

—¿Una nuclear más segura?

—La nuclear es un fraude, aunque *no* llegue a haber fu-

gas ni explosiones. Ninguna instalación nuclear ha producido jamás tanta energía como se gasta en construirla y mantenerla. Lo único que consiguen las centrales nucleares es que Francia esté limpia mientras Sudamérica se envenena.

—¿Así que no hay esperanza alguna?

—De invertir el proceso, ninguna. De frenarlo, tampoco. Existe la esperanza teórica de reducir su ritmo de aceleración, sólo que no hay nadie que lo intente seriamente. Y aunque lo hubiera, todo lo que sabemos sobre los seres humanos nos dice que, a medida que empeoran las cosas, utilizamos recursos *menos* eficientes. Imagínese a la gente quemando sofás para calentarse.

Vuelve bruscamente los ojos hacia mí. Lo juro: la capacidad psíquica que poseen las mujeres para saber cuándo les estás mirando la delantera. Si controlamos eso, quedaremos al margen de toda sospecha.

—Qué raro, parece que le gustan estas cosas —dice ella.

Es cierto. En realidad, podría haber soltado una carcajada.

No sé por qué. La idea de que la raza humana se destruya a sí misma a través de la sobrepoblación y la tecnología, las únicas aficiones que se haya tomado nunca en serio, evidentemente resulta bastante divertida. Pero la diversión puede que se deba únicamente a la doctora Hurst. Con ella, el medio da una patada en el culo a *cualquier* mensaje.

—¿Cuándo se llegó al punto sin retorno? —le pregunto.

—Olvídelo. No paro de hablar.

—Ah, venga ya.

—La radio no funciona. No me haga cantar.

—¿Y eso es lo que hace para Bill Rec? ¿Estudiar el fin del mundo?

—Lo que hago para Bill Rec es confidencial. Pero no es eso.

—¿Aunque sea usted...?

—Paleontóloga catastrófica. Pero no.

—Entonces, ¿qué es lo que hace para Bill Rec?

—La la la-la la.

—¿Puede decirme al menos de qué quiere hablar *conmigo*?

—No. Lo siento, no puedo. Quiere decírselo personalmente. Con Bill Rec, lo principal es la confianza.

Pone el intermitente para salir de la autopista.

—Y, a propósito, quiere que me quede esperándolo para llevarlo al hotel cuando terminen de hablar, pero me parece que no voy a pasar por eso. Hablar del día del juicio siempre me da ganas de emborracharme. Simplemente diga a Bill Rec que le pida un taxi. Y guarde el recibo.